

## LA EXPERIENCIA DE UN TAL JESÚS

El pasado 3 de abril 2013 murió en su tierra natal, Alemania, la radioapasionada Franziska Moser. Mujer de sensibilidad extraordinaria, Franziska dirigió durante años el Servicio Radiofónico para América Latina, SERPAL, desde donde hizo un aporte muy significativo a las emisoras educativas de la región. En memoria de ella, publicamos este artículo que contiene varios tips de capacitación en el formato que más promovió SERPAL, el radioteatro.

\* \* \* \* \*

Allá por los años 70, comencé a trabajar en Radio Santa María, una emisora educativa ubicada en el valle norte de República Dominicana. Antonio Cabezas, el director, me encomendó un programa mañanero. “Despertar del cristiano” se llamaba y se transmitía a las 5 y 45 de la mañana. Era un cuarto de hora con reflexiones bíblicas para un público campesino.

El primer madrugador tenía que ser yo mismo. Al principio, me sentaba frente el micrófono con el estómago vacío y medio adormilado. Después, decidí colar un cafecito para que mis palabras salieran más vivas. Con las prisas, entraba en cabina con la taza humeante, el azucarero y la cucharita.

—¡Buenos días!... ¿Cómo están ustedes, amigas, amigos?... —sorbía mi café negro y endulzado—. ¿Cómo están esos ánimos en este nuevo amanecer?

Y comenzaba yo mi plática leyendo una página de la Biblia y dando un par de consejos simplones. Para mi sorpresa, el programa comenzó a ganar mucha audiencia. Cuando salía por las comunidades, me comentaban.

—Yo tomo el café con usted todos los días —se reía una viejita, ya sin dientes—. No me pierdo un programa suyo.

Lo curioso era que ella y otros no recordaban nada de lo que yo decía en el programa. Eso era lo menos importante. Pero escuchaban el tintineo de la cucharita revolviendo la taza y se imaginaban compartiendo el café conmigo, con esa cercanía y complicidad que permite la radio.

Descubrí, entonces, que los efectos de sonido crean escenarios, paisajes sonoros más elocuentes que las palabras que los mencionan. El silbido del viento nos habla directo a la imaginación, con mayor frescura que si un narrador dijera “afuera está soplando el viento”.

Yo seguía con mi Biblia y mi cucharita. Pero me aburría. Una vez tomado el café, comenzaba a leer un relato del libro del Génesis y otro del Éxodo. ¿En qué estarían pensando mis oyentes? Un día, cuando me tocó el pasaje de Sansón, el líder fortachón, y Dalila, la seductora cortapelos, se me iluminó la mente radiofónica. ¿Y por qué no invito a dos jóvenes para que actúen este relato? Pronto encontré al chofer y a la recepcionista de la emisora y les fotocopié los libretos. Para no obligarlos a madrugar, les grababa el día anterior.

—Lean, pero que no suene a leído —les dirigía yo—. Tú, pon una voz energética,

como la del musculoso profeta. Y tú, una voz sensual, melosa, castigadora.

Yo hacía de narrador y ella y él los dos personajes. Al día siguiente, saqué al aire la escena bíblica. Y no se había puesto el Sol cuando comenzaron a llegarme papelitos de felicitación (en aquellos años no habían mensajes de texto ni chat, casi ni teléfono en muchas casas).

—Otra vez la novelita, padre —yo era cura por entonces—. Repita eso cuando la mujer engañosa le mete tijera a Sansón.

Tanto gustó la primera escena, que me decidí por la segunda. Y por la tercera. Todos los días dramatizaba un fragmento de esas emocionantes narraciones del Antiguo Testamento. Hoy era Sansón humillado y mañana Goliat apedreado y después Noé en el arca. Por supuesto, mientras Noé peleaba con los animales, el técnico metía el ruido de gallos, gallinas y de algún elefante que encontraba en los discos de efectos de sonido.

Sólo faltaba la música para experimentar la triple voz de la radio (voz humana, voz de la naturaleza, que no otra cosa son los efectos de sonido, y voz del corazón, es decir, la música). Así pues, ponía una música de suspense para ambientar a Jonás tragado por la ballena, una música romántica para los amoríos de David y una música tremebunda para Moisés encaramado en el Sinaí. Y los dramitas estaban listos. Ahí, en la cabina de Radio Santa María, descubrí yo la magia del lenguaje radiofónico. La magia del relato.

### **La historia del Moreno de Nazaret**

Pasaron los años. Vivía en Madrid, ya me había salido de cura, y estaba desempleado. Contacté con SERPAL, la mejor productora de programas educativos que ha tenido América Latina, la que financió los estupendos radioteatros de Mario Kaplún y Ana Hirtz. Les propuse una radionovela sobre Jesús de Nazaret en clave de teología de la liberación.

Aceptaron. Con mi hermana María nos desafiamos a escribir una serie larga sobre la vida de Jesús. Teníamos una ventaja para emprender esa aventura, que habíamos visitado Palestina. Porque una cosa es leer sobre el lago de Galilea y otra muy distinta bañarse en sus aguas y comer un pescado asado en sus orillas. Habíamos leído, habíamos visto fotos. Pero cuando estás allí, cuando tocas las piedras negras de Cafarnaum y su embarcadero, cuando zapateas las callejuelas de Jerusalén, cuando subes al Tabor y cuando bajas al Mar Muerto, la imaginación se excita y te comienza a picar la mano con ganas de escribir.

Para emprender la serie que luego titulamos Un tal Jesús teníamos en el recuerdo los paisajes, la música, el olor de los garbanzos, la forma de hablar (o de gritar) de los palestinos, su buen humor, su picardía.

Se me ocurre este tip de perogrullo. Cuando vayas a libretar un radiodrama, asegura que en tu imaginación estén los lugares que vas a describir, los rostros que vas a poner a hablar, el contexto. Sólo así la obra tendrá color y sabor.

—¿Y por dónde comenzamos? —nos dijimos mi hermana y yo—. ¿Cómo se hace una adaptación para radio?

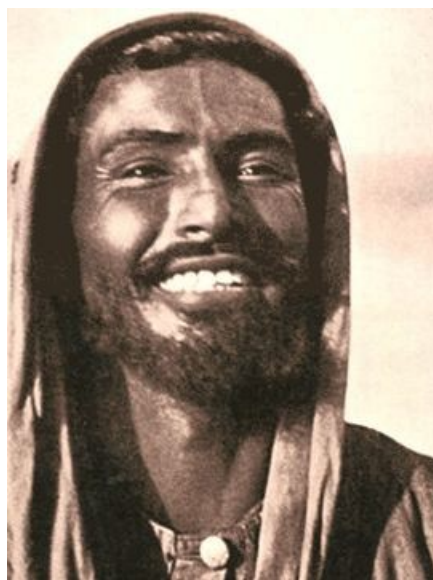
Porque de adaptación se trataba. Estaban ahí los cuatro evangelios, señalando límites y posibilidades. No podíamos inventar lo que no estaba escrito y resultara inverosímil (por ejemplo, que Jesús de niño viajó a la India y de mayor murió en Cachemira). Pero tampoco podíamos conformarnos con maquillar un poco los diálogos muy rígidos, muy esquemáticos, que nos ofrecen los evangelistas. Había que poner carne y sangre y aliento de vida en aquellos textos secos.

Para armar una historia, lo primero es caracterizar a su protagonista. Quién es, dónde vive, cómo se viste y cómo habla y cómo ríe. En nuestro caso, el protagonista estaba decidido ya. Era Jesús, el campesino de Nazaret, el profeta de los pobres, amigo de publicanos y prostitutas. El problema es que sobre la figura de Jesús, como sobre un icono antiguo, se han ido sobreponiendo capas y capas de pintura. Tantas, que ya ni se sospecha el rostro original.

Y eso era lo que nos estaba pasando a mi hermana y a mí antes de comenzar a escribir la radionovela. Porque el Jesús que teníamos en la imaginación era el de las estampitas. El de las películas de Hollywood. Recuerdo cuando niño, allá en La Habana, durante la Semana Santa, que mi papá nos llevaba a ver El Manto Sagrado, Rey de Reyes, El Mártir del Calvario... A mí todos los personajes me caían bien: Pedro el cobarde, María la pecadora, Santiago el alborotador. Todos, menos Jesús. El Jesucristo que te presentaban no pisaba el suelo al andar, nunca se reía ni contaba un chiste, miraba a todos desde su sublime y antipática altura. Para colmo, era el bello de ojitos claros y melena rubia, como anuncio de champú gringo.

Con un protagonista así no podíamos avanzar. Porque nos caía pesado. Por eso, cuando vayas a escribir una historia, procura que el personaje principal te simpatice. Que lo veas en tu imaginación y le puedas guiñar el ojo. De lo contrario, escribirás sin emoción.

Teníamos un buen antídoto, los rostros vistos en Palestina, cuando viajamos. Los rostros beduinos tostados por el sol del desierto, morenos, muy morenos. Los rostros de las mujeres con sus trajes bordados amasando el pan y tendiendo ropa. Sin buscarla, llegó a nuestras manos esta foto de un artesano de Nazaret.



Vista y lista. Fue esa foto la que nos dio la clave para simpatizar con el protagonista de la

nuestra serie. Fue ella la que nos inspiró el apodo del Moreno, sobrenombre con que tratan a Jesús sus amigas y amigos. Y viendo esa foto se nos ocurrió el título de *Un tal Jesús*.

Cuando un par de años más tarde comenzó la persecución episcopal contra nuestra obra, uno de los argumentos de los censores católicos fue aquello de “el Moreno”. El carmelita Saera Ferrada, escribió:

*Han querido presentar a Jesús como hombre muy humano. Pero parece que para los autores de esta grabación, ser muy humano requiere necesariamente vivir un ambiente de compañerismo chabacano. Los apóstoles entre sí se tratan con un lenguaje nada pulido. Se motean, incluso se insultan mutuamente con frases gruesas. También Jesús, para sus apóstoles, tiene un mote: “el moreno”. ¿Es que los nuevos tiempos exigen educar al pueblo latinoamericano para la vulgaridad, precisamente en su dimensión religiosa?*

Una iglesia racista que discutió si los negros esclavos tenían alma no podía soportar que Jesús no fuera blanco. Tampoco podía soportar el lenguaje popular que empleábamos. Querían un lenguaje “pulido” en boca de pescadores galileos. Querían un Jesús tan pacato y mojigato como ellos.

Por supuesto, el título también les molestó y lo interpretaron como desprecio. No se dieron cuenta que está tomado literalmente de los Hechos de los Apóstoles: *Vengo a hablarles de un tal Jesús*, así declaró Pedro cuando las autoridades judías lo llevaron a juicio por andar predicando el mensaje del Reino de Dios.

## **La suegra de Pedro**

Pero volvamos a la radionovela. Ya teníamos el perfil del protagonista. Ya nos caía bien ese Jesús moreno, risueño, amiguero, contador de anécdotas, como fue el hijo de María antes de que lo momificaran algunos que dicen representarlo.

Veamos los otros personajes en torno al protagonista. María, la mamá. Nos la presentaron como humilde manceba, una angelita sin alas. Pero uno descubre en los evangelios que era una campesina bien terca. Fue a Cafarnaum a pelear con Jesús y a pedirle que regresara con ella y se dejara de meter en líos. Lucas pone en su boca una oración explosiva: *mi alma se alegra porque Dios derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes, a los hambrientos colmó de bienes y a los ricos despidió sin nada*.

Luego estaba la otra María, la magdalena. Cuando escribimos no sabíamos la gran mentira con que la iglesia machista quiso deshacerse de esta mujer, la que fue compañera de Jesús, la auténtica fundadora del cristianismo. Nos la presentaron como endemoniada y prostituta. Pisamos ese palito y así la caracterizamos en nuestra radionovela. Pero como Jesús comía con prostitutas, como llegó a decir que las prostitutas entrarían primero que los sacerdotes en el Reino de Dios, esta María se nos volvió un personaje entrañable. El encuentro de Jesús con ella, en un burdel de Cafarnaum, resultó uno de los capítulos más conmovedores.

Y así fuimos delineando cada personaje: Pedro el tirapiedras, Santiago siempre colérico, Tomás el tartamudo, la comadre Susana... Y los malos, los enemigos: el terrateniente Eliazín, el rabino Eliab, y Pilato, y Caifás... Todos y todas tenían que ser de carne y hueso, no de cartón.

Cuando ya tienes el cuadro de los principales personajes puedes comenzar a armar el argumento general de la radionovela y el particular de cada capítulo. Aunque eso no es tan rígido. Pensar el argumento te sugiere personajes. Pensar los personajes te orienta en el argumento.

El argumento. Ahora nadamos en aguas profundas. ¿Cómo componer la historia del radiodrama? En nuestro caso, teníamos el punto de partida y el punto de llegada. Jesús nació en Nazaret y murió en la cruz, en Jerusalén. Pero teníamos que ordenar los relatos, a veces repetidos, siempre en diferentes versiones, que aparecen en las cuatro “vidas de Jesús” de que disponemos. Teníamos que volver creíble lo increíble, es decir, los llamados “milagros”. Teníamos que darle contexto a las frases sueltas y los discursos aislados.

Va un ejemplo. En el primer capítulo del evangelio de Marcos se habla de la curación de la suegra de Pedro. Es un texto muy breve:

*Cuando Jesús salió de la sinagoga, se fue con Santiago y Juan a casa de Simón Pedro y Andrés. La suegra de Pedro estaba en cama con fiebre. Y le hablan a Jesús de ella. Él se acercó y, tomándola de la mano, la levantó. La fiebre la dejó y ella se puso a servirles.*

Había que hacer un libreto de 15 minutos con estas tres líneas. Había que echarle levadura para hacer crecer la pequeña masa. Y era interesante hacerlo como un mensaje de aliento para las personas de la tercera edad.

Vamos a imaginar la escena. Para comenzar, si Pedro tenía suegra es que estaba casado. Hay que ponerle una esposa a Pedro. Y también unos hijos, que jueguen con la abuela enferma. **Si el primer nombre de Pedro era Simón, que su hijo varón se llame Simoncito.**

Hay que ponerle nombre a la abuela. La bautizamos como Rufa y a su hija, la mujer de Pedro, como Rufina. En un radiodrama, los nombres deben corresponderse con el perfil de los personajes. Si la abuela se hubiera llamado **Matilde Sandoval** hubiéramos imaginado a una señora de alta alcurnia... Pero el nombre de Rufa te sugiere una mujer humilde, creíble en un ambiente campesino.

Comenzamos el libreto en casa de Pedro. Los invitados tienen hambre y Rufina no se da a basto en la cocina.

	<b>SANTIAGO</b>	Bueno, Pedro, ¿qué pasa con esas lentejas? ¿Vienen o no vienen? ¡Me está pareciendo que el chivo se las comió antes de llegar a la mesa!
que...	<b>PEDRO</b>	Camaradas, no se desesperen. Ya casi casi comemos. No se impacienten, es en esta temporada, con la suegra enferma todo se complica.
	<b>SIMONCITO</b>	Jesús, abuelita está enferma.
	<b>JESÚS</b>	¿Ah, sí? ¿Y dónde está, Simoncito?
	<b>SIMONCITO</b>	Allá en el rincón.
que en lo la sabes	<b>PEDRO</b>	La vieja Rufa, Jesús, mi suegra. Una pena, tú sabes. Una fiebre mala de estas hay ahora. Oye, ¿y por qué no la saludas y le cuentas una historia de las tuyas que mi mujer acaba de ablandar estas malditas lentejas? Sí, ven, entra Jesús, vieja está tumbada ahí dentro. Ven, no te fijas en el desorden que hay, ya cómo vive uno aquí con tanta gente en un solo cuarto.

Y Jesús va a conversar con ella. No va a hacerle ningún “milagro”. Si así fuera, el protagonista se distanciaría. Aparecería como un ser superior, como un mago, un ilusionista que toca a los enfermos y éstos se sanan. Y Jesús no fue nada de eso. Jesús

fue un tipo normal, de buen carácter, con una capacidad muy especial para brindar confianza a los enfermos. Y los enfermos se sanaban por sus propias endorfinas, no por ningún acto sobrenatural. Veamos el diálogo que inventamos:

JESÚS           ¿Cómo está usted, abuela? ¿Cómo se siente?  
RUFÁ            ¿Que me siente? Yo no puedo sentarme porque me estoy muriendo.  
JESÚS           ¿Que cómo se siente?  
PEDRO          Está un poco sorda, Jesús. No le hagas mucho caso.  
RUFÁ            ¿Y quién eres tú?  
PEDRO          Mire, suegra, éste es un amigo de Nazaret, ¿usted oye? De Nazaret. Se llama Jesús y ha venido a pasarse unos días con nosotros. Un tipo chistoso, suegra.  
                    Dígale que le cuente una historia y verá cómo se ríe.  
RUFÁ            ¡Pa' reírme estoy yo! ¡Mejor me pongo a llorar!  
JESÚS          Vamos, abuela, no sea tan ceniza. ¿Qué enfermedad es la que tiene?  
Cuénteme.  
RUFÁ            Ay, hijo, ¿y qué sé yo? ¡Yo no soy médica!  
PEDRO          Bueno, Jesús, te dejo con la vieja. Yo voy a meterle prisa a Rufina. Vengo a avisarte            después.

Jesús comienza a conversar con la suegra de Pedro, le pregunta por sus dolencias y le pica un poco su vanidad.

RUFÁ            Yo estoy como esas redes viejas que por donde quiera que las agarres se rompe el nudo. Ya no sirvo pa'ná.  
JESÚS          No venga con mentiras, abuela. Yo estoy seguro que si usted se levanta, se arregla un poco, sale a dar una vuelta por el pueblo y todavía le echan un piropo.  
RUFÁ            ¿Que me echan un qué?  
JESÚS          Un piropo, abuela, una palabra bonita.  
RUFÁ            ¿Un piropo a mí?... ¡Ay, caramba, mijo, yo ya no sirvo pá ná. Antes sí. Antes yo tenía todos mis dientes y un pelo muy suave y...  
JESÚS          Y le decían muchas cosas lindas cuando iba caminando por Cafarnaum, ¿verdad que sí?  
RUFÁ            Cuando el último piropo que me dijeron por la calle, tenía yo cuarenta años, imagínate. Yo me conservé mucho tiempo.  
JESÚS          ¿Ajá? ¿Y qué fue lo que le dijeron, eh, abuela? Cuénteme.  
RUFÁ            Tonterías de ustedes los hombres. Mira tú, iba yo caminando por el mercado con una rosa en el pelo. Y va y me dicen: Cuando yo te veo pasar, le digo a mi corazón: qué bonita piedrecita para darme un tropezón... Ji, ji... Así me dijo un frutero, oyes...  
JESÚS          Usted tiene un pelo muy bonito, abuela.  
RUFÁ            Dentro de poco se me caerá también. A los viejos se nos va cayendo todo, como las hojas secas a la higuera.  
JESÚS          A la higuera se le caen las hojas en invierno, pero luego viene la primavera y retoña otra vez y vuelven las hojas nuevas y las flores.  
RUFÁ            Pero para los viejos no hay más primavera. Tú me ves hoy aquí. Vuelves mañana y a lo mejor ya no me encuentras.  
JESÚS          El cuerpo se nos va gastando, abuela. Pero el corazón, no. El espíritu no se pone viejo. Lo importante es tener el espíritu joven. Fíjese en Dios... ¡los años que ha vivido Dios desde que creó el mundo! Pero Dios es joven, tiene joven el corazón. Como usted también, abuela.  
RUFÁ            Tú hablas bonito, muchacho. Que Dios te bendiga la lengua.

Jesús la sigue animando y le da una mano para que se levante de la cama. Vienen los nietos, viene Pedro y Rufina, y ven a doña Rufa bien repuesta y cantando.

RUFINA        Pero, mamá, ¿qué hace usted de pie? ¡Échese en la estera!  
RUFÁ            Échate tú si quieres y a mí no me jeringues, que yo ya me siento bien. Es más, voy ahora mismito al fogón a ayudarte con la comida para que vean que la vieja Rufa todavía sirve pá algo, ¡caramba! ¡Y que sabe hacer unos guisos, que hasta el más desabrido se **rechupetea los dedos!**

**¿Cómo se construye un diálogo así? Recordando. Cuando lo redacté, tenía en mi cabeza a mi abuela real. Las expresiones medio cubanas y medio españolas se las escuché a ella en distintas ocasiones.**

De eso se trata a la hora de abordar un libreto dramático: de reproducir el lenguaje hablado, de escribir como se habla. Cada personaje debe expresarse según su carácter, con el estilo propio de la persona real que representa.

Estamos delante del papel en blanco. ¿Qué hacer, por dónde comenzar? No escribas nada. Primero, escucha. Cierra los ojos, ve en tu mente a los personajes que tú mismo engendraste, que bautizaste, fíjate en sus caras, en sus movimientos, óyelos hablar. Que sean ellos quienes te dicten los diálogos. Esto no tiene nada de brujería ni exige un esfuerzo extraordinario. Al contrario, es divertido. Sólo hay que dejar fluir la creatividad y jugar a espías de nuestra propia imaginación.

**Escribir escuchando a los personajes. Esta aventura tuvimos que correrla mi hermana María y yo 144 veces, una por capítulo.**

El parto duró nueve meses, como el de un niño. En nueve meses teníamos que producir, sí o sí, los libretos de Un tal Jesús. Un buen tiempo de esa temporada se nos fue en debatir con Franziska Moser y Elena Otero, las amigas directoras de SERPAL. Para ellas (igual que para nosotros) era una sorpresa creciente la imagen de Jesús que iba apareciendo en la serie.

## **A grabar se ha dicho**

Desde luego, la etapa de mayor creatividad es el libretaje. Después viene la grabación, también muy exigente. Porque puedes tener los mejores textos y si te falla la actuación, si te falla la técnica, todo se va al suelo.

Comenzamos a formar el elenco. Por entonces, a fines de los 70, habían llegado a Madrid muchos actores y actrices de América Latina exiliados de las dictaduras militares. El primer casting fue para encontrar la voz de Jesús. Venía un actor muy profesional que decía tener pleno conocimiento del papel porque lo había interpretado en las pasiones de Semana Santa. Engolaba la voz y se ponía en pose de crucificado. Venía otro con un tono tan porteño que sonaba a chiste. Y otro, y otro más. Sudamos hasta dar con la voz de José María del Río y su genial interpretación. José María se metió tanto en el personaje que a mitad de grabación me llama su mujer:

**—¿Cuándo va a acabar esa historia de Jesús? —me dice impaciente.**

—Todavía nos falta —le digo—. ¿Por qué?

—Porque Josemari se pasa las noches hablándome de la parábola que va a contar mañana y del milagro que le toca pasado. ¡Ya no se acuerda de mí!

Norma Bacaicoa hizo el papel de María, la madre. No había que ensayarle mucho. Recuerdo cuando interpretó el monólogo con Jesús muerto en sus brazos, bajado de la cruz. Se quedó sola en el estudio, a media luz, y lo grabó a la primera. Después fue al baño, a llorar.

**—Te salió muy lindo —la felicité—. ¿Cómo pudiste meterte tan rápido en la situación?**

—Me resulta fácil —me contestó—. Basta recordar a tantos amigos desaparecidos y torturados en mi país.

Norma es argentina. Y Aníbal Reina, el que hizo de Pedro, chileno. Y Enrique Dausá, el que hizo de Santiago, cubano. Y así, fuimos formando un elenco de muchas nacionalidades. Unos eran creyentes, otras ateas, pero todos conocían la historia de Jesús. Y se sorprendían de los textos que grababan. Antes o después de entrar a cabina, comenzaba el debate.

**—No entiendo —decía el que hacía de Andrés—. A mí me enseñaron que Jesús ya sabía que lo iban a matar y que se entregó a la muerte.**

—Pues si lo sabía fue un suicida —comentaba el que hacía de Natanael.

—Es que Dios lo sabe todo.

—Entonces, ¿también sabría el secreto de la luz eléctrica y la máquina de vapor?

—Pues... claro que sí.

—¿Y por qué no lo dijo y nos habríamos ahorrado tanto tiempo en inventarlas?

—Bueno, eso ya no lo sé...

—Para ser más exactos —terciaba la que hacía de Marta— lo sabía todo en cuanto Dios, en cuanto hombre no. Al menos, eso decían en el catecismo.

—Peor lo pones —insistía el Natanael—. Me parece que tu Jesús es carne de siquiatra. Cuando uno sabe y no sabe, estamos ante un caso de doble personalidad. De esquizofrenia.

—Tiempo —cortaba yo—. Vamos a grabar y luego siguen las discusiones teológicas.

Estas discusiones nos señalaban que estábamos en el buen camino. Porque el objetivo de la serie era promover el diálogo, el intercambio de pareceres, poner en pie las cosas que se han dado por sentadas.

El 25 de marzo del 80, en medio de la grabación, nos dieron la noticia de que el día anterior habían asesinado a monseñor Romero en San Salvador. Mi hermana María lo había entrevistado meses antes, le había comentado de Un tal Jesús, y Romero fue el primero en pedirnos la serie, cuando estuviera disponible, para hacerla circular entre sus comunidades de base. Lo único que se nos ocurrió, como un homenaje a este gran profeta latinoamericano, fue poner en boca de Juan Bautista, en el capítulo donde Herodes lo manda a matar, las frases de la última homilía de Romero llamando a la desobediencia de los soldados:

BAUTISTA Las órdenes de un hombre injusto no tienes por qué cumplirlas. Rebélate, compañero.

CARCELERO Pero, ¿qué dices? ¿Estás loco? Yo soy un soldado. Y para eso estamos nosotros, para obedecer lo que nos manden. La ley es la ley.

BAUTISTA La ley de Herodes es el crimen y el atropello. La ley de Dios es la libertad. Abre las rejas, deja salir a los presos. ¡Rebélate, compañero!

Nos dio mucho trabajo la grabación. Era un elenco grande y un estudio pequeño. Eran aquellos tiempos analógicos, todas las voces y los efectos en distintos planos por un solo canal. Y luego a mezclar la música y a cortar y recortar los segundos sobrantes con la tijerita y a pegar las puntas con el rollito de cinta blanca.



Después de otros nueve meses, teníamos listos los 144 capítulos —doce docenas y mil escenas, como los salvados del Apocalipsis— de **Un tal Jesús**.

## Llegan los inquisidores

El estreno fue en San José de Costa Rica, el 24 de marzo del 81, en el aniversario del asesinato de monseñor Romero. Hicimos escuchar algunos capítulos a un numeroso grupo de cristianos y cristianas de base. Unas aplaudían, otros cuestionaban, todos mostraron gran interés por el nuevo material que se les ofrecía para concientizar sobre el verdadero mensaje de Jesús.

Había espías en el auditorio. A los pocos días, teólogos y obispos comenzaron a rasgarse las vestiduras. ¿Qué les molestaba de nuestra serie? Todo. Un experto contratado por la **Presidencia del Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, hacía esta evaluación: *Se presenta a Jesús como hombre del pueblo, con pasiones, sexuado que atrae a las mujeres, con odio, ignorante de su vida y su misión, revolucionario, defensor de los homosexuales.***

Comenzaron a llover las condenas. El cardenal Agnelo Rossi comparó la peligrosidad de **Un tal Jesús** con las drogas. ***Es algo tan blasfemo que no tengo valor de repetirlo, declaró en el semanario Veja. El cardenal*** Alfredo Scherer, de Porto Alegre, dijo que no había conocido nada peor *ni siquiera cuando las feroces campañas antirreligiosas en el régimen de Hitler o de Stalin*. El cardenal Aníbal Muñoz Duque envió una carta pastoral para que fuera leída en todos los templos de Bogotá. Se refirió a la serie como *un cáncer de sorprendentes metástasis*. Lo curioso era que ninguno de estos ilustres cardenales oyó ni leyó la serie.

¿Quién estaba detrás de todo este alboroto inquisitorial? Monseñor Alfonso López Trujillo, de infeliz memoria, por entonces Presidente del CELAM. López Trujillo negó todo diálogo con los autores o con SERPAL y consiguió que todas las conferencias episcopales latinoamericanas prohibieran la serie.

Desde Roma, invitaron a las directoras de SERPAL a una reunión cuyo objetivo era controlar a este centro de producción, cambiarle el nombre e incrustarlo en una dependencia eclesial para evitar otro “accidente” como el de **Un tal Jesús**. Las directoras de SERPAL tenían que aceptar este yugo “si quieren salvar el futuro de su institución”. Franziska y Elena, con gran dignidad, no cedieron al chantaje y dieron por terminados sus servicios radiofónicos. Así fue cómo el Vaticano acabó con SERPAL.

Quisieron silenciar al Moreno, pero las emisoras latinoamericanas pasaban la serie. Algunas, para evitarse conflictos con sus intolerantes obispos, le cambiaban el nombre. *Tras las huellas del Nazareno*, decía un locutor engolado en Centroamérica. Y a continuación, sonaban nuestras dramatizaciones.

Prohibieron la serie y nos hicieron propaganda gratis. Es tiempo de agradecerlo. Han corrido ya más de 30 años y el Moreno sigue dando que hablar y sigue sonando en muchas emisoras católicas, cristianas, ciudadanas, y ahora en internet. ¿Quieres oírla, quieres bajarla? Entra en [www.untaljesus.net](http://www.untaljesus.net) (Y si quieres descubrir más cosas sobre Jesús, busca la nueva serie que titulamos Otro Dios es Posible en [www.emisoraslatinas.net](http://www.emisoraslatinas.net). En estos programas Jesucristo regresa a la Tierra para enterarse de lo que han dicho y hecho en su nombre durante estos dos mil años.)

En los tiempos duros de la polémica, también recibimos estupendos apoyos de teólogos como Ion Sobrino y José María Castillo, Ernesto Cardenal y José Ignacio González Faus. El mejor piropo nos lo dio Dom Pedro Casladáliga, el obispo profeta de Sao Félix do Araguaia: *Yo amo más a Jesús, al moreno hijo de María, hijo de Dios salvador, después de leer el libro de los hermanos López Vigil, evangelistas latinoamericanos.*

Último tip. Cuando escribas un radiodrama, si tu obra tiene un buen contenido, si tiene un mensaje justiciero, recibirás mil felicitaciones. Y otras mil críticas y acusaciones. Alégrate por ambas. Indica que pusiste el dedo en las llagas sociales. Que no trabajas por amor al arte, sino por amor al pueblo. Y que has puesto un ladrillo, aunque sea pequeño, en la gran muralla de la dignidad latinoamericana.

José Ignacio López Vigil